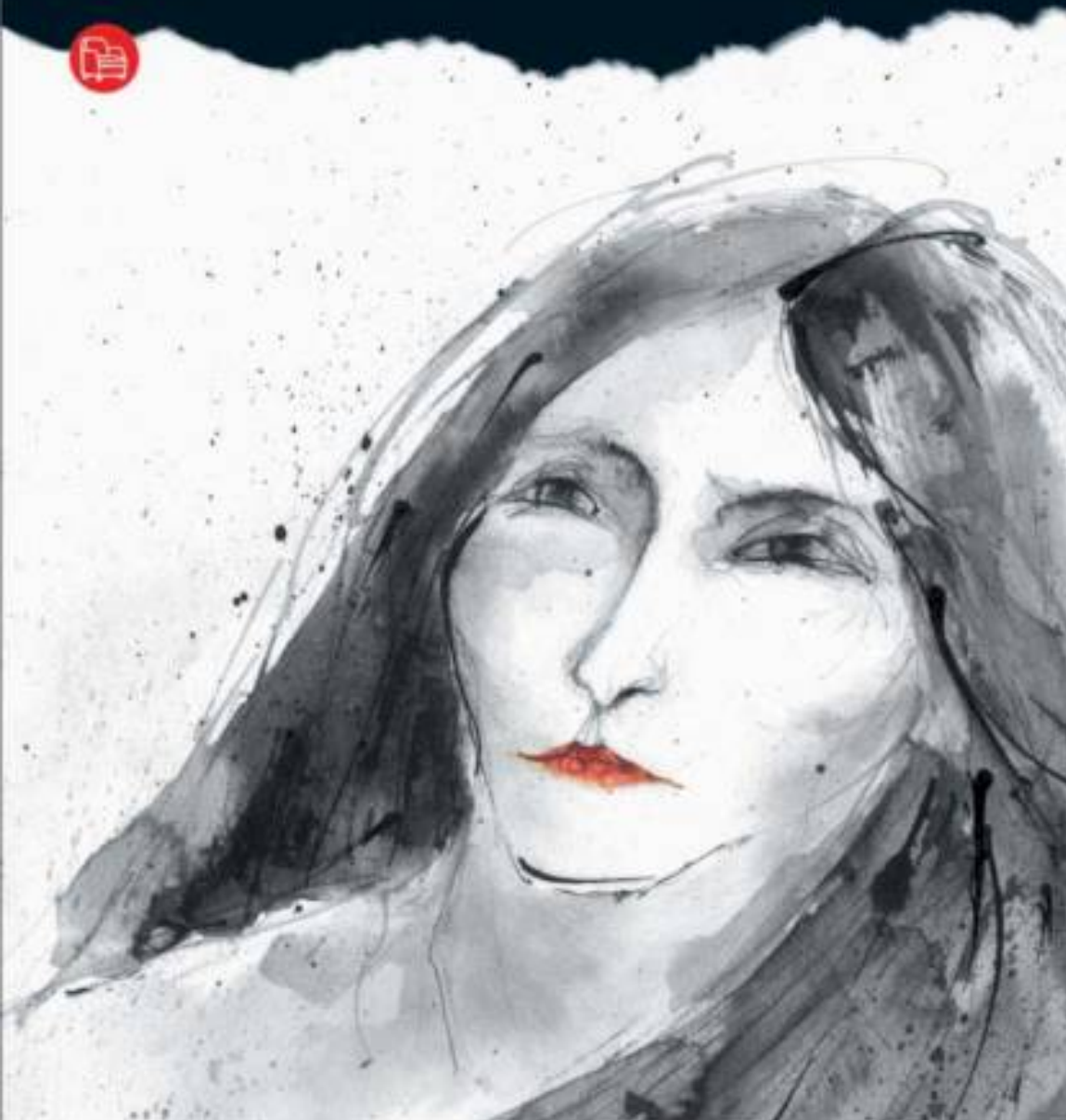


LUCÍA GÁLVEZ

Mujeres de la Conquista



- Cubierta
- Portada
- Índice
- Introducción
- Ubicación en el tiempo: sociedad y mentalidad
- Los primeros hogares mestizos en el Nuevo Mundo
- Las recién llegadas
- Indias
 - María Mexía
 - Teresa de Ascencio
- Españolas
 - Isabel de Guevara
 - María de Torres y Meneses
 - Catalina de Placencia
 - Doña Mencia Calderón de Sanabria
 - Las desventuradas pobladoras del Estrecho
- Mestizas
 - Juana Ortiz de Zárate
- Criollas
 - Isabel de Salazar
 - Jerónima Contreras
 - Bernardina Mexía Mirabal
 - Leonor de Tejeda
- Notas
- Biografía
- Otros títulos de la autora
- Créditos
- Grupo Santillana

Introducción

Los textos escolares hablaban de “corrientes de poblamiento”: la del este, la del norte, la del oeste... mencionaban algunos nombres de conquistadores, algunas fechas de fundaciones. En capítulo aparte se nombraban distintas tribus de indios que poblaban la tierra antes de la llegada de los españoles comentando sus usos y costumbres para pasar —luego de un salto de doscientos años— al virreinato, época en que por las calles barrozas de un Buenos Aires de casas bajas se paseaban la negra mazamorrera, el aguatero, el vendedor de velas, la dama de la mantilla y su caballero precedidos del negrito del farol. Se trataba luego la inquietud urbanística de algún virrey, para recalar, entonces sí, con mayor detenimiento, en las invasiones inglesas, preludio de la Revolución de Mayo.

Miles de preguntas quedaban flotando en las mentes de chicos, adolescentes y aun adultos a quienes sus ocupaciones impedían informarse con más profundidad: ¿Qué pasó con todos esos hombres que la iconografía clásica nos muestra encorazados, espada al aire ante una bandera que flamea al viento, al día siguiente de la fundación de esa ciudad que la lámina recuerda? ¿Cómo reaccionaron diaguitas, juríes, comechingones, huarpes, guaraníes, etc., ante aquellos que invadían sus tierras? ¿Cómo empezó a funcionar una ciudad en medio de la nada? ¿Dónde estaban las mujeres, los niños y los jóvenes que no aparecían en láminas ni textos? ¿Cómo se formaron las primeras familias?

Es esta serie de interrogantes la que deseo contestar en este trabajo y al mismo tiempo hacer justicia a las “hacedo-

ras de pueblos", tanto españolas como indias y mestizas, que hicieron habitable la tierra y a quienes una historiografía demasiado interesada en lo puramente político, o a lo sumo económico, restó importancia, cuando no ignoró, sin darse cuenta que de ese modo estaba negando nada menos que a la mitad de aquella sociedad. (Y quizá la "mitad" que más influyó en su formación...)

NOTA DE 1999

Hace casi diez años terminé de escribir este primer ensayo, publicado en 1991. Desde entonces he tenido que hablar muchas veces del tema que tuvo muy buena repercusión en todo el país: desde Jujuy hasta Río Gallegos y El Calafate, desde Cuyo hasta las ciudades del Litoral viajé acompañada de *mis* Mujeres. Poco a poco fui añadiendo algunas anécdotas de otras regiones de América, además de comentarios generales y particulares. Incluí además, como homenaje, la triste historia de las primeras pobladoras españolas del Estrecho de Magallanes.

Ubicación en el tiempo: sociedad y mentalidad

La conquista y poblamiento de nuestro territorio se realiza en el tránsito del siglo XVI al XVII, años difíciles, signados en Occidente por las guerras de religión y el espíritu barroco. En lo político, España está perdiendo terreno. No se realizará ya el sueño imperial de Carlos V en Europa, pero en cambio se tratará de mantener incólume el mundo hispánico, preservándolo de las herejías que pudieran venir de atrás de los Pirineos. España se aísla más aún para “mantener la pureza de su fe y costumbres”. Esto contribuye a que se afirme en su misión de propagar “la verdadera fe” en el Nuevo Mundo que acaba de descubrir. La evangelización será, además, la justificación de esa controvertida conquista que hasta los teólogos españoles comenzaban a cuestionar. Por otra parte, evangelizar al pueblo conquistado y, sobre todo, unirse a él sexualmente por medio del matrimonio y el concubinato, fue el mejor modo de proclamar su igualdad ante los ojos de Dios, aunque luego en la práctica esa igualdad no se diera.

Octavio Paz destaca, en su trabajo sobre Sor Juana Inés de la Cruz, que las grandes diferencias que existen entre la colonización latina y la sajona “nacen de opuestas actitudes ante la religión tradicional de Occidente: el cristianismo. [...] en tanto que los Ingleses fundaron sus comunidades (en América) para escapar de una ortodoxia, los españoles las establecían para extenderla. En un caso, el principio fundador fue la libertad religiosa; en el otro, la conversión de los nativos a una ortodoxia y una Iglesia. La idea de evan-

gelización no aparece entre los colonos ingleses y holandeses; la de libertad religiosa no figura entre las que moverían a los conquistadores españoles y portugueses”.

En efecto, la idea de la salvación del prójimo no entraba en la ética puritana o calvinista porque no era la acción humana sino la gracia divina lo que podía salvar al hombre predestinado desde su nacimiento. En consecuencia, si los indígenas estaban condenados de antemano, no sólo no había que evangelizarlos sino que se los podía someter y si fuera necesario exterminar. Los españoles, en cambio, tendrían una actitud totalmente diferente hacia el infiel: sería considerado vasallo del rey pero con la categoría jurídica de un menor, dependiente de un encomendero o, en las reducciones, de un misionero. Quedaría así expuesto a un paternalismo cuyo mayor riesgo sería la explotación, pero se le facilitaría el acceso a la religión de los vencedores y no se pondrían reparos a la mezcla de sangres, dando lugar así a una nueva raza. “Frente a la colonización clásica o moderna, que aísla las culturas y los pueblos conquistados en una ‘reserva’, la colonización católica empieza por considerarlos sus iguales ante Dios”, afirma Rupert de Ventós en *El laberinto de la hispanidad*.

Después de siete siglos de pelear o convivir con los moros y con una presencia judía de larga data en la península, españoles y portugueses estaban acostumbrados a la mezcla de sangres y culturas. Eso los preparó para la experiencia etnográfica que les tocaría vivir, y si bien muchos de ellos eran exponentes de la intolerancia y el fanatismo religioso que fueron en aumento durante el siglo XVII hasta llegar a las guerras religiosas y a las mayores aberraciones cometidas por la Inquisición, otros estaban influidos por las ideas humanistas que inspirarían las justas Leyes de Indias.

Dijimos que nuestro territorio se conquistó en los contradictorios años del barroco y para comprender mejor a quienes fundaron y poblaron sus primitivas ciudades es bueno que recordemos algunas características de la mentalidad

de esos hombres barrocos que a la vez vivían en América una realidad a caballo entre el Renacimiento y la Edad Media. Medievales eran las circunstancias en que estaban inmersos: extensiones desconocidas y semidesérticas, distancias desmesuradas, dificultades en las comunicaciones con el poder central, amenazas constantes de ataques, “vasallos” indígenas a quienes proteger y a la vez servirse de su trabajo como verdaderos señores feudales, precariedad de medios, carencia de lo elemental. Instituciones medievales como el adelantazgo y la encomienda confundían su campo de acción con otras instituciones modernas propias de un poder central fuerte y con aspiraciones de serlo cada día más. A esto debe añadirse la vigencia de los valores señoriales y de los ideales caballerescos en la España de esos siglos.

A pesar de que en el mundo renacentista los factores dominantes en el Estado y la sociedad eran el poder mercantil de la burguesía y el poder financiero de los príncipes, en España persistían aún, mucho más que en el resto de Europa, los ideales de la caballería. Apenas cincuenta años habían pasado desde las guerras de la reconquista cuando comenzó la exploración de nuestro territorio. Aún se mantenía el prestigio de los guerreros, principal razón de ser de la nobleza. De allí que muchos conquistadores de Indias se sintieran émulos de los caballeros medievales y llevaran en su equipaje libros de caballería. De allí también el valor temerario del que tanto hicieron gala, las hazañas portentosas y la atracción por lo desconocido.

Otra atracción inconfesada que ejercía sobre ellos el Nuevo Mundo eran las posibilidades de una mayor libertad sexual. Los cuentos sobre las indias desnudas y complacientes habían exaltado muchas imaginaciones. El deseo de enriquecerse rápidamente y la posibilidad de ascender en la escala social fueron también un factor fundamental al tomar la decisión de embarcarse hacia lo desconocido. Se sabía que los “méritos y servicios” derivados de la conquista y poblamiento eran el mejor modo de lograr el acceso a la nueva “nobleza americana” que se estaba forjando. “En

Las Indias, vale más la sangre vertida que la heredada", era un dicho de la época.

Muchas veces, sin embargo, las riquezas eran esquivas. Así sucedió en estas tierras "sin oro ni plata", donde la realidad obligó a muchos auténticos hidalgos y a otros que pretendían serlo a recurrir al comercio y a otras labores múltiples para poder vivir "conforme a su condición".

No por esto dejaban de aspirar a un modo de vida casi inalcanzable en sus circunstancias. Una de las características más notables de esta sociedad fue el culto por las formas, aun cuando éstas fueran sólo un ropaje para encubrir la realidad. Y la triste realidad era que no había aquí oro ni plata ni grandes civilizaciones prehispánicas, nada que pudiera ni remotamente compararse con Cuzco o Tenochtitlán ni con la menor de las ciudades de los imperios inca, maya o azteca. Éramos un arrabal del virreinato del Perú, un extremo sur poblado por los grupos humanos más primitivos de América. Desde el punto de vista occidental, aquí no había nada hecho. Estaba todo por hacer.

Cuando recordamos el, para nosotros, absurdo legalismo español, sus rimbombantes fórmulas y títulos resonando en esos pobres cabildos de barro, en esas "ciudades" por cuyas calles de tierra merodeaban chanchos y gallinas y a tres o cuatro cuadras de la plaza comenzaba el campo, comprendemos que quisieran transformar su modesto escenario con la magia de las fórmulas y las palabras altisonantes. Se vivía de irrealidades y sueños de grandeza, se vivía representando una comedia en la que se aparentaba ser mucho más de lo que se era. No en vano para la mentalidad barroca la vida era un sueño y el mundo un gran teatro.

La misma función que cumplían los tapices de Flandes sobre las paredes blanqueadas con cal, la vajilla de plata y los manteles de holanda sobre las rústicas mesas de algarrobo y las faldas de raso y brocado arrastradas por el polvo de las primitivas calles, la cumplían en sus vidas las palabras traducidas en fórmulas jurídicas y en títulos, las ceremonias religiosas y cívicas y el predominio de unos sobre otros. Cada acción que realizaban, al ser eternizada en el

papel, adquiriría mayor importancia, sobre todo si iba acompañada por signos y ritos de antiguo significado: caminar y cortar ramas al tomar la posesión de un solar o chacra o en la fundación de una ciudad; realizar las distintas ceremonias del pleito-homenaje al hacerse cargo de una encomienda, etc. Por eso los “notarios” —es decir, los escribanos— no faltaron en ninguna circunstancia.

Tampoco faltaron las mujeres —aunque no siempre los documentos mencionen su presencia—, pues si evangelizar y poblar eran los imperativos del momento, para poblar era imprescindible la presencia de la mujer, sobre todo de la mujer española que sería la principal encargada de transmitir a las nuevas generaciones los valores que se querían preservar.

Gracias a la exuberante documentación que nos legaron los notarios podemos saber con bastante exactitud cuáles eran esos valores. En las llamadas “Probanzas de méritos y servicios”, por ejemplo, los primeros pobladores exigían al rey las recompensas debidas por haberlo servido en estas tierras, aportando varios testigos de sus hazañas. Entre éstas se hallaban las que podríamos llamar tradicionales o medievales, como la valentía, la fidelidad al rey, la generosidad con pares e inferiores, los orígenes hidalgos, “calidad de vida” y méritos familiares, la piedad, los cargos y la buena administración de justicia. Aparecían también otros valores propios de la conquista, como el descubrimiento y la exploración de nuevas tierras, la colaboración económica en las expediciones y las privaciones y sufrimientos producidos en dichas empresas (heridas, hambre y sed, falta de auxilio espiritual y de vestimenta, etc.). Por último, demostraba una mentalidad más pragmática el hecho de reconocer como meritoria la ayuda administrativa a funcionarios de la Corona, la colaboración con el comercio por el descubrimiento y apertura de nuevos caminos y el estar casado y con muchos hijos. A su vez las mujeres consideraban también valores importantes como para informar de ellos a su Majestad, los actos de heroicidad cotidianos, como educar los hijos propios y ajenos (criollos y mestizos), trabajar a la

par de los hombres, levantarles el ánimo en los momentos difíciles y, sobre todo, transportar en lo doméstico todo el caudal cultural traído de España, para hacer más cálida y hogareña la nueva tierra: desde el modo de cocinar y tener una casa hasta recitar romances y cantar con la vihuela, desde coser las complicadas vestimentas hasta mantener las costumbres piadosas.

Fue una sociedad con estos valores y esta mentalidad la que hizo irrupción en una América que no estaba vacía sino poblada por habitantes pertenecientes a muy diversos estratos culturales, que reaccionarían de distintos modos ante el invasor.

La fusión del grupo mayoritario indígena con el grupo minoritario pero dominador de los conquistadores dio lugar a un creciente mestizaje que surgió como tercer grupo étnico. Este panorama se completó con la presencia de negros africanos que fueron ingresando como esclavos, en forma legal o clandestina, por el Río de la Plata.

Así se fue formando, durante los siglos XVI y XVII, la sociedad hispano-criolla, con el aporte diverso de pobladores españoles pertenecientes a distintos estamentos sociales, trasplantados de golpe a una situación precaria y medieval, y pobladores indígenas que tuvieron que renunciar a sus formas de vida y a su libertad, saltando varias etapas en su evolución para adaptarse a la cultura y religión de los vencedores. La empresa de lograr la convivencia fue ardua para todos. También para los criollos, nacidos en la tierra pero con un modelo de referencia inalcanzable del otro lado del Atlántico; apegados a la desmesurada geografía americana, a la libertad y a los nuevos modos de vida, pero añorando siempre esa desconocida y todopoderosa metrópoli de donde venían los favores y las mercancías más cotizadas. En esas circunstancias, el esfuerzo y la perseverancia de la mujer pobladora hicieron posible que las ciudades se levantaran y la vida se perpetuara. Ellas hicieron que la tierra fuera más habitable y la vida diaria más atractiva. Fue su tarea específica suavizar las costumbres de esa ruda sociedad

de frontera, imprimiéndole el sello de la cultura occidental en su versión española. En torno a ellas y a los valores que ellas supieron inculcar se formó la familia hispanoamericana, núcleo de la sociedad. Gracias a su espíritu de sacrificio, gracias a su sentido religioso de la vida que buscó dar trascendencia al acto cotidiano, gracias a su constancia ante la adversidad, fue posible la existencia del hogar americano donde se fraguó la transculturación que dio origen a la sociedad hispano-criolla.

Los primeros hogares mestizos en el Nuevo Mundo

El mestizaje biológico y cultural, fruto de la conquista española en América, fue el origen de nuestra singularidad e idiosincrasia. Se inició en el Nuevo Mundo desde el primer intento fallido de colonización en el fuerte Navidad, donde terminaron las vidas de muchos compañeros de Colón, muertos por los indígenas a causa de su codicia por el oro y las mujeres. “Mientras los primeros cadáveres de españoles se desvanecían entre el pasto, las indias alumbraban ya los primeros hijos mestizos.”¹ En este caso se trataría de mestizos en sentido biológico, ya que esos niños crecerían en el mismo ambiente cultural que sus madres. Lo que se entiende por mestizaje, en cambio, es esa mezcla y asimilación de culturas donde, en general, predominó la cultura vencedora, la cultura del padre. Ésta fue la situación dominante en los primeros años de la conquista cuando las mujeres españolas iban llegando muy de tanto en tanto en las comitivas de los grandes señores, funcionarios o eclesiásticos y las mujeres americanas —por gusto o por fuerza— debieron suplir su ausencia.

Los primeros hogares americanos fueron, pues, mestizos. Comenzó entonces la verdadera conquista de América. Una vez entregadas a los invasores por sus padres o hermanos como regalo y prenda de paz, o habiéndolos aceptado ellas mismas por propia elección, o incluso habiendo sido tomadas como botín de guerra, las indígenas americanas se pasaban al bando de su hombre y padre de sus hijos. En ellas estaba más arraigado el concepto de familia que el de

patria o etnia. Los primeros destinatarios de su fidelidad eran su marido y sus hijos; las relaciones personales estaban por encima de las comunitarias. Ellas cimentaron las primeras alianzas, denunciaron las conspiraciones, indicaron por dónde y hacia dónde iban los caminos, cómo encontrar agua y alimentos. Facilitaron la vida de los conquistadores además de darles los primeros hijos mestizos nacidos en la tierra. La poligamia no fue un obstáculo pues en casi toda América era mirada como un signo de poder y riqueza: la mujer no sólo procuraba placer sino que era fuerza de trabajo. La mejor manera de sellar las alianzas fue a través del parentesco con el invasor. Esta situación se repetiría desde México hasta el Río de la Plata.

Fue más raro el llamado "mestizaje al revés", como sucedió en Chile, donde los mestizos de padre araucano (mapuche) y madre blanca se criaron inmersos en la cultura aborigen.

Otra situación planteada por la conquista fue la de los "renegados" que elegían vivir aislados entre los indios, formando allí su familia, asimilando otra cultura y otros valores. Es conmovedor el caso de Gonzalo Guerrero, narrado por Bernal Díaz del Castillo en su historia de México. Guerrero había naufragado en 1511 en las costas de Yucatán. Sobrevivió y llegó a tener gran ascendiente sobre los aborígenes. Cuando otro náufrago, Jerónimo de Aguilar, lengua-raz de Hernán Cortés, fue a llamarlo para que volviera con los suyos, se negó a hacerlo: "Ya tengo labrada la cara y horadadas las orejas... Y luego, mira mis hijitos, qué bonitos son. Dame esas cuentas verdes que me traes para ellos y diré a mis hermanos que me las envían de mi tierra".²

Un error frecuente que se debe evitar es englobar a todos los aborígenes americanos en el mismo término de "indios", ya que entre los diversos pueblos y culturas existen diferencias abismales de comportamiento, nivel de vida, conocimientos y costumbres. Las generalizaciones son peligrosas y suelen caer en lo inexacto. Sin embargo todos los pueblos aborígenes de América tuvieron algo en común: el

hecho de haber sido invadidos y vencidos, desvalorizados sus dioses y sus culturas, agrupados sin distinciones bajo el nombre de “indios” y considerados todos —emperadores o siervos— por debajo de cualquier gañán europeo. Por otra parte el mestizaje, producto de la unión sexual entre españoles e indias (muchísimo menos a la inversa), fue, a la par de la evangelización, una manera de atenuar este sentimiento de superioridad: los invasores consideraban a los aborígenes merecedores de recibir el bautismo y unirse a ellos por lazos de parentesco.

Los terribles excesos cometidos en las Antillas con los amables taínos no impidieron en la fundación de Santo Domingo la existencia de historias de amor como la del aragonés Miguel Díaz con la cacica Osema o la de Hernando de Guevara con Higueymota, hija adolescente de la cacica Anacaona. Este último hizo venir un sacerdote para que los casara después de haber hecho bautizar a la joven con el nombre de Ana. En cuanto a Díaz, que iba huyendo de Bartolomé Colón, fue amablemente recibido por Osema al llegar a sus tierras. No sólo le dio protección sino que accedió a bautizarse con el nombre de Catalina y fue su mujer. Ella le reveló dos importantes secretos: el lugar donde extraían oro y el modo de curar la sífilis, enfermedad considerada como la venganza de América.

Los dos hijos que tuvieron fueron los primeros mestizos americanos legitimados por su padre, actitud que se repitió con frecuencia durante la primera generación en cada lugar donde se levantara un pueblo o ciudad.

En 1499, los miembros de la expedición donde iban Alonso de Ojeda y el florentino Américo Vesputio, que daría su nombre al nuevo continente, fueron cortejados por las indias de Maracaibo. Una de ellas, luego llamada Isabel, acompañaría hasta la muerte a Ojeda, intrépido aventurero.

También Vasco Núñez de Balboa fue amado por las indígenas del Darién, particularmente por la bella Ananyasi, sin cuya ayuda no hubiera descubierto el Mar del Sur, y por Fulvia, que lo salvó de una conspiración tramada por los aborígenes de Antigua. Lo mismo hizo doña Marina al de-

nunciar a Cortés la emboscada que preparaban los de Cholula. Ella desempeñó un papel fundamental en la conquista de México, no sólo como traductora sino como inteligente diplomática entre Cortés y Moctezuma al atenuar los términos que podrían chocar a ambos personajes. Bernal Díaz dice que “era de buen parecer, entrometida y desenvuelta”. En casi todos los dibujos hechos por los mexicas aparece junto a Cortés. Muchos mexicanos repudian su actitud, sin embargo ella fue coherente: amó y admiró al vencedor de su pueblo, con quien tuvo un hijo, realizando en sí misma la síntesis cultural del mestizaje.

De manera similar, una de las amantes de Juan de Salazar lo advirtió de la importante rebelión de guaraníes que se estaba preparando en la recién fundada Asunción del Paraguay. “La lealtad de las mujeres americanas, su sentido de pertenencia e identidad, estaban orientados al pequeño universo del hogar, de las relaciones personales, y no al de la comunidad, etnia o cultura en la que habían sido criadas. De allí que las indias integradas en el mundo de los españoles no dudasen en traicionar a sus parientes y paisanos para proteger a los extranjeros que se habían convertido en sus amos al mismo tiempo que en sus hombres y padres de su descendencia mestiza.”³

Esto pudo percibirse luego de la trágica derrota mexicana. Cuando Cuauhtémoc y sus principales pidieron a Cortés que les devolvieran sus hijas y mujeres tomadas durante la guerra, éste ordenó a los soldados que dejaran irse a las que así lo quisieran “y había muchas mujeres que no se querían ir con sus padres ni maridos sino estarse con los soldados... y otras se escondían, y otras decían que no querían volver a idolatrar; y aun algunas de ellas estaban ya preñadas, y de esta manera no se llevaron sino tres...”, relata Bernal Díaz del Castillo.

En algunos aspectos el nuevo orden social significó un alivio para muchas indígenas: la división occidental del trabajo las liberó de las más rudas tareas. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca afirmaba que las indígenas guaraníes dormían sólo